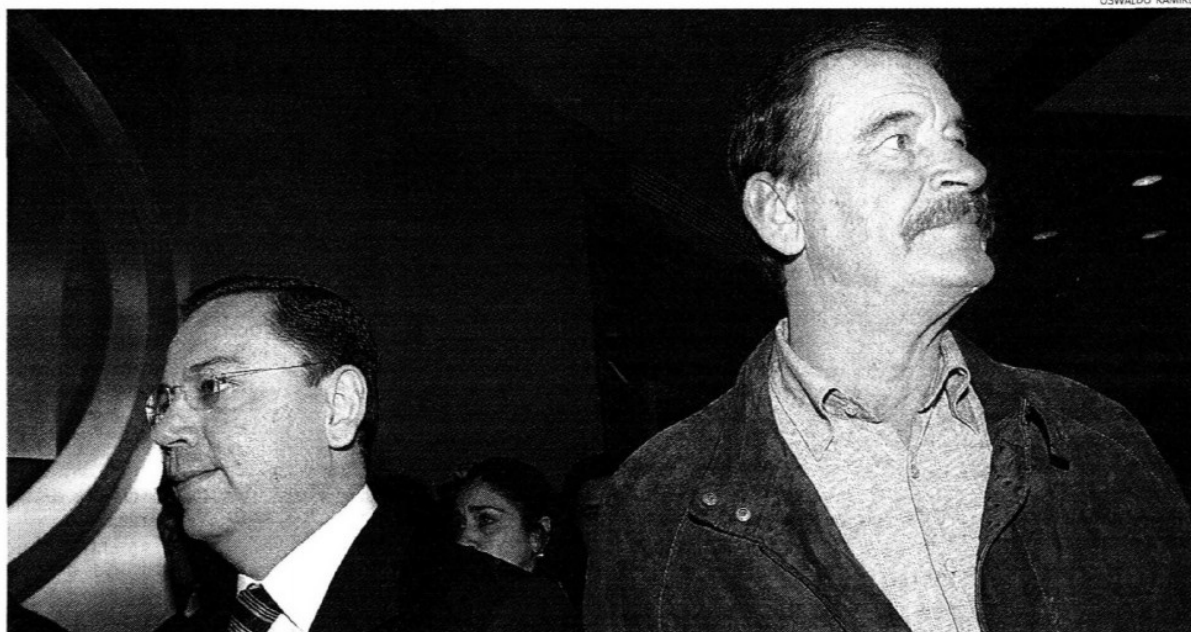
Federico
Berrueto

Entre Fox y López Portillo

Contemplar a Germán y Fox, atisbar lo que fue de López Portillo, recrea la idea de que en este país hay que ser imbécil para ser feliz. Expresión fuerte y, más que eso, profunda y esencialmente dolorosa. Aplica para quienes mandan y también para quienes son mandados; para quienes contemplan y dicen, si así se quiere



OSWALDO RAMÍREZ

Del cinismo al no me acuerdo. Abril de 2009

Uno de los rasgos de los países que progresan es la capacidad para ver lo mejor de su pasado, incluidos sus gobernantes. No es una expresión de cinismo, sino una forma elemental de convalidarse en el tiempo y, de paso, eficaz propósito de reconciliación. En una persona o en un país, negar su pasado es negarse a sí mismo, mejor apreciarlo por lo que haya de positivo, aunque sea poco. Así, por ejemplo, los funerales de los presidentes norteamericanos no son juicio, mucho menos recriminación, sino ocasión de unidad en la que la élite a rinde tributo a

uno de los suyos, así fuera Nixon, el presidente que tuvo que renunciar por espiar a un adversario y luego mentir al Congreso.

Germán, el dirigente nacional del partido gobernante, después de acusar al PRI y a los priistas de asociados al narcotráfico —generalizando, lo que más que una ofensa es una calumnia—, ahora le da por presumir a Vicente Fox y plantárselos a propios y ajenos como paradigma de buen gobernante. Señala a Salinas, Echeverría y, de mal modo, a López Portillo, malo no sólo por lo que dice, sino porque alude groseramente a su condición de fallecido, palabras de un ventajoso, cobarde,

que bien sabe que buena parte del poder mediático baila al son de quien gobierne, justo como sucedió con los presidentes aludidos y prácticamente con todos los gobernantes nacionales o locales. La calidad de quienes gobiernan es tan buena o mala como la crítica al poder.

López Portillo ha sido el presidente más culto en el cargo; no

es un halago, sino registro de un atributo. Su mayor debilidad fue su obsesión por trascender; no se vio a sí mismo como sus antecesores, quienes arribaron al poder resultado de un código de poder que permitía escalar la estructura desde la base a



Página 1 de 2
\$ 61753.23
Tam: 570 cm2
AMIRALRIOS

Continúa en siguiente hoja

Fecha 26.04.2009	Sección Opinión	Página 3
----------------------------	---------------------------	--------------------

la cúspide; se pueden decir muchas cosas, pero los presidentes mexicanos nunca formaron ni pretendieron ser una aristocracia. López Portillo fue distinto, se asumía predestinado y pensó que con él habría de darse el quiebre para que México alcanzara un mejor destino. Esta falta de humildad fue su tumba. Pero fue un hombre de vergüenza, tuvo conciencia del tamaño de su fracaso, magnificado por su autoestima, y eso le llevó a un triste y penoso ocaso político y personal.

Fox sí fue predestinado, aunque él no lo supo entender. Ser el primer presidente electo de manera genuinamente democrática. El primer y único mandatario que llega al poder en condiciones de paz social, de reconocimiento de adversarios y hasta de quienes no habían votado por él, lo hace singular en toda la historia política de México. Su mandato fue el cambio, su triunfo indiscutible se da al inicio de un siglo, de un milenio, cuando el país había superado lo fundamental de sus dificultades económicas y que significaban crecimiento después del colapso, modelo en el mundo.

De Fox en el poder no hay mucho qué decir. Sería ensañarse un recuento. Las reformas que caracterizaron a sus antecesores ninguna

tuvo lugar, no sólo no cumplió con la expectativa social, sino que revirtió mucho de lo con dificultad alcanzado, como fue que la Presidencia

No es cuestión de afinidades partidarias o de posturas ideológicas; el pasado merece un juicio, severo sí, pero jamás a costa del presente y del porvenir

no metiera las manos en el proceso sucesorio, no porque fuera inmoral, que lo es, sino porque allí se fragua la ilegitimidad y daña el sentido del mandato democrático. Nadie le ha dicho que esa fue la razón de lo mejor de la lucha cívica, del PAN y muchos años después del PRD: impedir que la voluntad popular fuera subvertida por quienes ocupan el gobierno.

Fox presidente y ex presidente entiende poco y con dificultad. La distancia ética sobre el ex presidente López Portillo es infinita. Al menos tenía sentido de vergüenza. Fox y, desde luego Germán, no tienen la menor idea de la magnitud del fracaso, del enorme costo que significó para el país la oportunidad perdida. No es cuestión de afinidades partidarias o de posturas ideológicas; el pasado merece un juicio, severo sí, pero jamás a costa del presente y del porvenir. Al final de cuentas se trataba de aplicar la ley (que en este país es mucho), quizás eso hubiera sido lo histórico, nada ocurrió porque para el poderoso es mejor vivir a modo. La impunidad por la casa empieza y ese es el signo compartido por el presente y ese pasado.

Contemplar a Germán y Fox, atisbarlo que fue de López Portillo, recrea la idea de que en este país hay que ser imbécil para ser feliz. Expresión fuerte y, más que eso, profunda y esencialmente dolorosa. Aplica para quienes mandan y también para quienes son mandados; para quienes contemplan y dicen, si así se quiere, sólo queda la observación amarga en el iluso afán de lograr algo mejor, si no, que siga la fiesta y todos felices. ■■

fberruetop@gmail.com